

LOS PROFESIONALES DE LA EDUCACIÓN ESPECIAL

Mikel San Julián Resano
C.P. de Educación Especial
“Andrés Muñoz Garde”

No resulta fácil hablar de un colectivo tan extenso y variopinto como éste sin dejar cabos sueltos. Me molestaría que alguien pueda no verse reflejado en este breve espacio y de antemano pido disculpas por ello. Comenzaré por dar algunas pinceladas para ilustrar ese conglomerado de profesionales.



Mikel San Julián Resano

Qué distintas parecen las labores y experiencias de una maestra especialista en Pedagogía Terapéutica al frente de un Aula Alternativa en zona rural con tres personas gravemente afectadas, una de ellas con pluridiscapacidad, a las que tiene un “PeTe” con misiones de apoyo en un centro ordinario. Las de un fisioterapeuta que tiene que explicar continuamente las razones de su inclusión en la escuela a las de una orientadora concertada metida a “chicaparatodo”. Están lejos las experiencias del equipo docente de una pequeña escuela rural que acoge un Trastorno Generalizado del Desarrollo capaz de poner patas arriba toda la estructura del centro, a las del equipo docente de un Centro Específico que acoge personas cada vez más gravemente afectadas. Son distintas las visiones del profesor de Educación Física que realiza la programación pensando en que su alumna en silla de ruedas participe con sus compañeros de las mismas actividades (¿o son estos los que participan y se enriquecen con ella?) a las de un maestro al que hay que convencer de que deje de hablarle a la pizarra ya que tiene un alumno sordo que necesita verle el movimiento de los labios. Que conste que utilizo el masculino de forma genérica y que en el término maestro, últimamente un tanto denostado, están incluidos todos los docentes, hasta el más prestigioso de los catedráticos.

Sigamos con los ejemplos. Son realidades lejanas las de la logopeda que itinera por varias escuelas y la del maestro de Hospitalaria donde los que itineran son los alumnos. Qué situación tan distinta la del profesor de Secundaria que alega que él no aprobó unas oposiciones para trabajar con “estos chicos” a la de quien se siente realizado por trabajar con deficientes profundos. No parece que coincidan mucho en su trabajo una cuidadora que se recicla en deglución para saber cómo ayudar a un niño a ingerir mejor los alimentos y un cuidador que acompa-

ña a una niña ciega por los pasillos del colegio. Me paro un momento en estos dos últimos casos, ya que los dos sí que tienen algo evidente en común: les llamamos cuidadores o auxiliares pero no les podemos poner el apellido de “educativos” a pesar de que a nadie se le escapa la importancia que tienen en la adquisición de hábitos de autonomía y desarrollo personal; cuesta demasiado dinero reconocerlos como profesionales de la educación.

Podríamos seguir, pues no han aparecido profesionales que atienden trastornos de personalidad o a la alumna sobredotada o al autista por no hablar de los inmigrantes o el desertor de quince años y bajando. Sirvan estos cuadros para ilustrar ese segmento tan amplio de personas que trabajamos en Educación Especial y extraer de ellos las ideas que me interesan plasmar.

No sé si se nos habrá pasado por alto la inclusión entre los ejemplos de profesorado al que solemos referirnos como “ordinario” (¡qué ordinariéz!). Esa es la primera idea fundamental. Todos somos profesionales de Educación Especial en el momento en que nuestras aulas se alejan del concepto de uniformidad. Ya sé que a más de uno se le cae la baba recordando viejos tiempos, o que solemos caer con frecuencia en la tentación de homogeneizar más de la cuenta, o que el cuerpo nos pide dirigirnos de forma lineal al alumno medio, tirando a bueno, maldiciendo que los demás no sean capaces de seguirnos, fundamentalmente por su incompetencia. Cuanto antes y con más intensidad tratemos de evitar estas prácticas, antes daremos con la clave de la atención a la diversidad, que no deja de ser el gran reto que los docentes tenemos en la actualidad. Y en él estamos, como ya he dicho, metidos todos.

Pero vamos a adentrarnos en el mundo del especialista en Educación Especial. Para empezar ni hay sitio ni es el lugar para exponer cada una de las reivindicaciones que podrían plantear los personajes que han aparecido anteriormente. Por lo demás la situación no varía demasiado del resto de docentes pues su fin es el mismo: poner las ayudas necesarias para que una persona desarrolle al máximo su potencial. Da igual el nombre que tenga esa persona o la discapacidad que presente. Pero es lógico que esa discapacidad demande un mayor nivel de ayudas y para eso estamos. Todo acto educativo conlleva una cierta dosis de fe pues confiamos en que nuestra actuación tendrá repercusión en la persona que la recibe. Seguramente en nuestro haber existe un plus mayor de fe ya que, en muchos casos, el resultado de nuestro trabajo no suele tener esa repercusión a corto plazo en la persona con la que trabajamos. Eso sí, una sola sonrisa suya nos puede cubrir las expectativas laborales de una semana.

Metidos a reivindicar podríamos demandar una mejor valoración social. Ya sé que es consustancial a toda la docencia, pero en nuestro caso podría empezar por nuestro propio colectivo, parte del cual sigue sin entender qué hacemos en una escuela ordinaria (léase instituto) acompañando a esos chicos que no deberían estar ahí. O la in-

comprensión al empeñarnos en hacer educativo lo que antes era residencial y costaba menos dinero.

Para terminar, quisiera hacer un llamamiento a no bajar la guardia, a hacer de "pepitosgrillos" en nuestro ámbito. No cambiamos los nombres para que todo siga igual. Si ya no les llamamos subnormales o deficientes es porque aplicamos el principio por el cual su discapacidad tiene una repercusión en su desarrollo inversa al enriquecimiento de su entorno. Y el secreto de nuestra profesión no es otro que el enriquecimiento de ese entorno y el de facilitar las ayudas necesarias. E insisto, para esto nos da igual el nombre de la persona con la que tratamos y su discapacidad. O su no discapacidad.

LA VOZ DE LOS PADRES

Carmen Gorricho

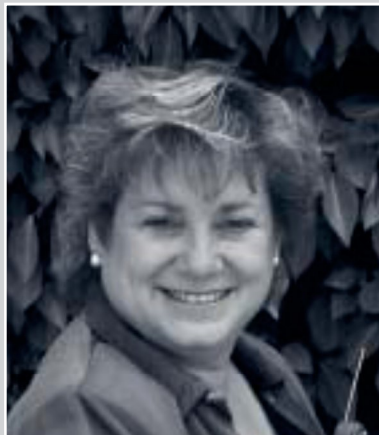
Madre de una adolescente con Discapacidad intelectual

"No es lo más importante saber idiomas, estudiar ciencias y tener títulos. Lo más importante es ser feliz"

E. J. Malinowski

Introducción

Por Educación entendemos el proceso por el cual se promueve la formación y el crecimiento personal y social en las personas, que debe prepararlas para desenvolverse en su realidad social y cultural.



Carmen Gorricho

Los padres y madres que tenemos una hija o un hijo con discapacidad nunca nos cansaremos de pedir una **Educación de calidad** para ellos, pero además debemos reclamar **equidad**, que consiste en dar a cada uno lo que necesita.

Tienen el mismo derecho que los demás alumnos, y sabemos que el coste de su educación será superior, pero formar adultos lo más autónomos posibles es bueno para la comunidad en su conjunto.

Somos conscientes de que en estos momentos existe más sensibilidad social que nunca hacia las personas con discapacidad y que nuestros hijos son los mejor atendidos de la historia, pero de vez en cuando alzaremos nuestra voz para seguir avanzando. Quien se para, se queda rezagado.

Una respuesta educativa de calidad para nuestros hijos en toda Navarra

Necesitamos, y, en la mayoría de las ocasiones tenemos, maestros y maestras bien preparados, entusiastas, optimistas -que no ilusos-, que crean en las potencialidades y posibilidades de nuestros hijos e hijas. Personas que sepan **verles** más allá de su discapacidad.

Conscientes de que tenemos hijos con discapacidad, no negamos que tienen más dificultades que la mayoría para realizar las tareas escolares -y otras no escolares también-, pero no es menos cierto que tienen **otras muchas cualidades, habilidades y capacidades** que los hacen únicos y encantadores.

Son capaces de realizar aprendizajes sorprendentes si les prestamos los **apoyos** oportunos en el momento preciso y de la manera adecuada.

Estos apoyos son necesarios y deben proporcionarse se viva en zona **rural o urbana**. Navarra es plural, y ese es uno de sus encantos que no podemos permitirnos el lujo de perder.

¡Tienen tantas lecciones que enseñarnos si se lo permitimos!

Ni los padres ni los maestros los queremos "cambiar", sólo ayudarles a mejorar y madurar. Juntos lo podemos lograr si, como dice *Turnbull*, las familias y los profesionales nos respetamos, tenemos mutua confianza y nos comunicamos abiertamente.

Nos gustan los docentes que respetan la diversidad dentro de la diversidad. Queremos **calidad** pero acompañada de **calidez**.

Dos alumnos con el mismo diagnóstico, como Síndrome de Down, pueden ser tan diferentes como una ciruela y un melocotón, aunque ambos sean frutas. Esto lo saben muy bien los profesionales que trabajan con ellos.

Todos somos **únicos e irrepitibles**, tengamos o no discapacidad.

Nos agrada que los maestros-as respeten también la **diversidad familiar**. Somos familias peculiares, con una sensibilidad especial, y ellos lo saben. Lo afirmo por mi propia experiencia que ha resultado, en general, muy positiva. Cada unidad familiar es, al igual que las personas, diferente: tiene sus propios valores y establece sus relaciones interpersonales como quiere, o, en la mayoría de los casos, como puede. Porque tener una hija o un hijo con discapacidad no es el sueño de ninguna pareja que espera un bebé.

Como padres lo hacemos lo mejor que sabemos, y a lo largo de la vida nos vamos adaptando a las nuevas situaciones, porque nadie está preparado para tener un hijo con discapacidad.